

El mercado de trabajo para los egresados de educación superior en Brasil¹

Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (México), vol. XIX, núm. 2, pp. 55-69

Claudio de Moura Castro²

RESUMEN

En este ensayo, el autor analiza cómo se relacionan los títulos universitarios con los empleos y viceversa. Afirma que en Brasil hoy las élites laborales ya no provienen de las escuelas de derecho, sino de las mejores instituciones técnicas, y habla de la desprofesionalización de la educación superior, especialmente de la liberal.

Con el crecimiento explosivo de la educación superior, sólo una pequeña proporción de egresados obtienen ocupaciones correspondientes a sus estudios. Con el desarrollo de algunas instituciones tecnológicas de alta calidad —como la escuela de ingeniería de la Fuerza Aérea de Brasil— y el énfasis en estudios de posgrado, los ingenieros altamente especializados, los maestros y los doctores están siendo reclutados para los puestos públicos y privados más altos.

ABSTRACT

The author analyzes in this essay the relationships between university degrees and employment. He shows how in Brazil today the occupational elites no longer proceed from law schools, but from the best technical institutions, and he sustains the existence of a trend toward deprofessionalization of higher education, especially of liberal careers.

With the explosive growth of higher education, only a small proportion of graduates obtain jobs that correspond to their studies. With the development of a few high-quality technical institutions —like the School of Engineering of the Brazilian Air Force— and with the growing emphasis of postgraduate studies, highly specialized engineers with M.Cs and Ph.Ds. are being recruited to the highest public and private posts.

¹ Agradezco a T. Alfthan, G. Stoikov y M. Bermant, de la OIT, sus valiosas críticas y sugerencias. Sin embargo, ellos no son responsables de los errores que puedan quedar.

² Organización Internacional del Trabajo (OIT).

A. Dilemas y paradojas

El mejor planificador de Brasil obtuvo su posgrado en enfermedades del conducto urinario. Uno de los mejores ministros de educación cursó sus estudios superiores en la Academia Militar de St. Cyr (Francia). Otro bien conocido ministro reciente es doctor en matemáticas. ¿Qué podemos aprender con respecto a la relación entre título y empleo a partir de estos ejemplos?

En el pasado, muchos de los puestos más altos en Brasil eran ocupados por abogados y exsacerdotes. Actualmente, los graduados de institutos de ingeniería y los economistas son los favorecidos. El país, ¿está mejor o peor por ello? ¿Cuáles son las implicaciones de estos hallazgos sobre el planteamiento de que la educación vocacional amarra a las personas en determinadas posiciones y no las prepara para un mundo que cambia continuamente?

Entender los mercados de trabajo para los graduados de instituciones postsecundarias en Brasil puede ser una tarea desafiante e instructiva (nos estamos refiriendo aquí a los institutos que ofrecen cursos de cuatro años de duración de cualquier denominación, los cursos de dos años son prácticamente inexistentes; el término "educación superior" se utiliza para simplificar la presentación). Los ingredientes son bien conocidos y no difieren para nada de los que se observan en otros países. Sin embargo, Brasil tiene sus propias particularidades e idiosincrasias; algunas de las características observadas pueden parecer extrañas.

Una de las características más notables es lo que puede ser considerado como la desprofesionalización de los cursos profesionales en educación superior. Para un gran número de graduados, los cursos vocacionales o profesionales se convierten en educación general, en el sentido de que a la postre preparan a los estudiantes para empleos que requieren poco contenido específico. Estas son en general ocupaciones administrativas que requieren habilidades de comunicación, solución de problemas y otras insuficientemente definidas.

La así llamada educación liberal, a menudo considerada la quinta esencia de una educación general, se ha convertido para muchos en una educación de segunda clase, ofrecida por las instituciones más débiles. Al ser su oferta menos costosa para grandes números

de alumnos, se ha convertido en la norma de las instituciones de bajo costo y de las universidades públicas masificadas. Los estudiantes más débiles académicamente se inscriben en cursos tales como educación, literatura, derecho, etcétera.

Incluso los estudiantes de las buenas universidades, que se gradúan de carreras tradicionales de alto prestigio como ingeniería y medicina, están encontrando grandes dificultades para encontrar trabajos adecuados. Si los mejores están encontrando tantos problemas, los observadores tienen razón al preguntarse qué les sucede a los otros.

La fuerte carga de materias teológicas, característica de los seminarios religiosos, fácilmente nos podría llevar a clasificar la educación que reciben los sacerdotes como una educación vocacional. Después de todo, prepara para una ocupación religiosa con un perfil muy bien definido. Sin embargo, recientemente los sacerdotes han sido desviados de su misión de salvar almas hacia puestos de elevada responsabilidad en todas las esferas de la vida, desde el bienestar hasta el comercio. Más aún, muchos padres inscribían a sus hijos en los seminarios cuando no podían costear sus estudios en las buenas universidades. Con razón, veían la educación religiosa como una preparación para el mercado de trabajo en general, y no como una ocupación restringida como podrían sugerir las materias del currículo (lo mismo sucedía con las academias militares antes de la enorme expansión de la educación superior).

Los empleos ejecutivos de mayor prestigio que hoy día se ofrecen en el país, son ocupados por una proporción sorprendentemente grande de graduados de la escuela de ingeniería que administra la Fuerza Aérea de Brasil. Curiosamente, es uno de los institutos tecnológicos que ofrece los más altos contenidos de experiencia directa en cursos altamente especializados tales como maquinaria de aviación o diseño de fuselajes.

Como ya mencionamos, los programas excesivamente especializados tales como las maestrías y los doctorados, se están convirtiendo en un antecedente educativo muy común entre altos funcionarios gubernamentales, incluyendo ministros. Puede ser que en Brasil haya más ministros y secretarios generales con maestría y

doctorado que en un país como los Estados Unidos (en donde la mayoría de ellos obtuvieron sus grados).

Tales ejemplos sugieren cómo se ha vuelto difícil entender el significado de la educación general *versus* la educación vocacional y cómo no es sencillo comprender lo que está sucediendo en los mercados de trabajo para los egresados de la educación superior.

B. Reordenando las ideas

Con el fin de entender y conciliar estas piezas de la realidad que tanto confunden, es necesario desenredar una serie de factores que explican el desempeño y la selectividad.

1. Calidad de la enseñanza

La excelencia en educación atraviesa las barreras disciplinarias. Es necesario buscar razones históricas o accidentales para explicar por qué algunas instituciones son mejores que otras. Pero el hecho es que existen instituciones extraordinarias y deplorables, y que las áreas en las que estas instituciones operan no están predeterminadas. ¿Por qué tiene el ejército una escuela de ingeniería tan superior? ¿Por qué es la Fuerza Aérea la que opera el mejor instituto tecnológico? ¿Por qué el mejor grupo de tecnología en *laser* se sitúa en una región tradicional de plantaciones de caña de azúcar? ¿Por qué se han vuelto decadentes los programas antes tan prestigiados de derecho?

No hay respuestas deterministas. Algunas de las razones se encuentran simplemente en sucesos aleatorios. Otras son resultantes de tendencias generales. Sin embargo, las instituciones de alto calibre ofrecen mejor educación. Y como resultado de esto, los egresados tienen mejor suerte en el mercado de trabajo, además de contar con una ventaja inicial resultante del alto prestigio de estas instituciones.

Por tanto, si queremos entender por qué algunas personas tienen un mejor desempeño que otras y, particularmente, si queremos asociar este éxito con el rendimiento académico, es necesario tomar en cuenta la calidad de la educación recibida. Hasta cierto punto, el éxito o el fracaso en el mercado de trabajo depende de

qué tan bien se aprendió la materia del curso impartido. Como analizamos más adelante, aprender excepcionalmente bien lo que se enseña en un curso tiene mucho que ver con el potencial para transferir y usar este conocimiento en otros ámbitos.

2. Habilidades académicas de los estudiantes

Siguiendo una línea paralela del planteamiento, algunas personas son más capaces o más talentosas que otras. Este es un asunto que ha preocupado durante siglos, y que ha creado interesantes controversias. ¿Herencia o medio ambiente? ¿Qué tanto sirven para la vida real los talentos que son útiles para un buen desempeño académico?

No podemos tratar estos controvertidos temas en este ensayo. Sin embargo, por más que pueda parecer poco científico, todos sabemos y creemos —lo admitamos o no en público— que algunas personas son más talentosas que otras. Sabemos que algunos estudiantes van a ser ciudadanos y profesionales sobresalientes y que otros no van a llegar muy lejos. No debe preocuparnos aquí hasta qué punto lo anterior es genético o fenotípico. Lo que importa es que algunas escuelas, en general debido a su prestigio (y a su fama), pueden atraer a la “crema y nata”. Otras se quedan con “las sobras”.

Por tanto, cuando nos preguntamos sobre las bondades relativas de tal o cual carrera para el desempeño de un determinado conjunto de tareas, no podemos interpretar debidamente las respuestas sin tomar en cuenta las capacidades básicas del grupo de gente que elige la carrera en cuestión. Los estudiantes mejor dotados van a tener mejor suerte, independientemente de la carrera que elijan. ¿Se deben los resultados a un buen embone entre los estudios y los requerimientos de los empleos? ¿O se deben al hecho de que la gente más talentosa aprende en el trabajo lo que necesita? Un experimento adecuadamente diseñado pudiera resolver algunas de estas preguntas intentando medir las aptitudes iniciales de los alumnos de nuevo ingreso. Desgraciadamente, esto no se ha hecho. Sin embargo, el grado de competitividad de los exámenes de admisión a las instituciones de educación superior puede iluminarnos al respecto. Uno puede suponer que las institu-

ciones altamente competitivas, que atraen a más estudiantes por vacante, acaban teniendo estudiantes mejor dotados.

3. El significado de la educación vocacional

Por tradición, la educación vocacional se entiende como la preparación para el desempeño de tareas muy claramente definidas. Se usa más en el contexto del trabajo manual, sin embargo, algunos autores extienden el concepto a programas de educación superior. Puesto que inevitablemente estamos refiriéndonos a algunas de las cuestiones que otros han planteado, usaremos la definición más amplia del concepto. Para nuestros propósitos, llamaremos "educación vocacional" al paquete educativo que responde a las necesidades de una ocupación para la cual es posible especificar un conjunto de instrucciones necesarias y suficientes para su desempeño. Por el contrario, podemos considerar que la educación general es la preparación que se piensa es apropiada para el desempeño de una gran variedad de tareas.

Existe también una diferenciación convencional entre educación vocacional y adiestramiento. Por razones que más adelante van a aparecer, esta distinción crea más problemas teóricos de los que resuelve. Su aplicación práctica ha sido la de trazar las fronteras territoriales entre la OIT y la UNESCO, respectivamente.

La principal fuente de dificultades en la dicotomía educación vocacional/educación general resulta de la confusión entre causa y efecto. En otras palabras, ¿estamos hablando de la enseñanza o de sus resultados? Cuando nos referimos a educación vocacional o específica, ¿queremos decir que se están enseñando pocas materias o que los estudiantes están aprendiendo habilidades que tienen un uso limitado? El hecho de que nos refiramos a lo primero o a lo segundo hace toda la diferencia del mundo.

El núcleo de la diferencia es una independencia relativa entre el contenido de las materias y la naturaleza del aprendizaje. Lo que generalmente se denota con el término de "educación general" es la habilidad amplia de aprender a aprender. Y existen muchas formas de desarrollar esta habilidad. La idea de que la educación general es aprender sobre muchas cosas a fin de ser capaz de entender muchas otras, es el primer paso en el camino equivocado.

La educación general es el dominio de paradigmas intelectuales (en el sentido popularizado por Kuhn) y la habilidad para utilizarlas en una amplia gama de situaciones. No obstante, los paradigmas no se pueden desarrollar en el vacío. No hay ningún curso que trate sobre paradigmas generales como tales. Los cursos de lógica son lo más cercano a esto, y tienden a ser poco efectivos justamente porque carecen de contenido.

El camino más exitoso hacia el dominio de paradigmas sólidos es dedicar mucho tiempo a áreas del conocimiento que tienen que ver centralmente con ellos. Varios años de ejercitar con la *Summa Theologica*, como se hace en los mejores seminarios religiosos, resulta ser una excelente solución. De la misma manera, las ciencias naturales son el ejemplo más claro de aprendizaje en las áreas dominadas por una lógica poderosa. Pero parte de los resultados se deben a la disciplina de trabajo y a la insistencia en el rigor analítico que siempre se asocia con una educación de excepcional calidad.

Desde este punto de vista, lo que hace que el aprendizaje sea amplio o estrecho en sus consecuencias tiene poco que ver con su contenido vocacional. De hecho, se puede aprender a aprender como aprendizaje central en carreras que específicamente pretenden preparar para una ocupación específica. La carrera tradicional de ingeniería —calcada de la *Ecole Polytechnique*— tiene un énfasis muy fuerte sobre la matemática y la física. Esta puede ser la razón por la cual ha resultado tan exitosa como preparación de las élites administrativas —tanto en Francia como en Brasil.

No todas las carreras que carecen de contenido vocacional tienen fuertes componentes de aprendizaje. De la misma manera, hay carreras vocacionales en educación superior que carecen de los paradigmas poderosos responsables de la transferencia de aprendizaje.

En otras palabras, el que tengan contenido vocacional y generen un tipo de conocimiento que pueda ser aplicado a diversas circunstancias, son dos dimensiones distintas. Las carreras tecnológicas con un fuerte énfasis en las ciencias naturales tienden a producir egresados capaces de transferir esos conocimientos a otras ocupaciones. La mayoría de las carreras de ingeniería caerían dentro de esta categoría. Por contraste, las carreras orientadas vocacio-

nalmente como la enfermería, el trabajo social y la educación física tenderían a tener una base analítica débil.

Del lado de las carreras liberales, como la economía, el derecho y la teología, existen cursos con fuertes paradigmas teóricos. La administración de empresas, la educación y el periodismo son mucho más débiles desde este punto de vista.

Ceteris paribus, se podría esperar que los egresados de carreras con paradigmas teóricos o analíticos fuertes fueran capaces de aprender más y más rápidamente de sus nuevas experiencias. Esto, en efecto, es la verdadera naturaleza de la educación general, independientemente de que su contenido externo o más obvio prepare para una ocupación dada y bien definida o carezca de cualquier relación cercana con el mercado de trabajo.

Para sintetizar, algunos estudiantes son más capaces que otros, algunas escuelas ofrecen una mejor educación, y algunas carreras conducen a una mejor preparación para situaciones no estrictamente previstas en el currículo. Y estas condiciones no ocurren en forma independiente. Los mejores estudiantes compiten con éxito para ingresar a las escuelas de más alta calidad. Y la mejor educación tiende a darse en las áreas en las que prevalece un contenido teórico denso. Esta última proposición, sin embargo, debe ser asumida con cautela. Las modas y los accidentes tienen su lugar en la historia de la educación. Antes, la mejor educación se daba en las escuelas de derecho. Hoy en Brasil no hay un solo ejemplo de enseñanza de excelencia en derecho; se ha convertido en una carrera decadente, que atrae a profesores y candidatos en su mayoría mediocres. Por el contrario, la excelencia de las escuelas militares de ingeniería las ha convertido en instituciones de élite que atraen a los mejores estudiantes a exámenes de admisión altamente competitivos.

C. La desprofesionalización de la educación profesional

Para entender el mercado de trabajo para los egresados de educación superior es necesario revisar algunas de las tendencias básicas de oferta y demanda. Paralelamente a lo que sucedió en los Estados Unidos hace muchas décadas y a lo que tiende a suceder en los países mediterráneos y latinoamericanos, la oferta

de egresados ha crecido en las últimas dos décadas a una velocidad mucho mayor que la demanda de este tipo de trabajo.

El crecimiento anual de la educación superior ha sido de alrededor de 15% en todas las disciplinas. La matrícula creció de más de 100 000 a final de los sesenta a 1.5 millones en 1980. El empleo agregado creció a un ritmo de 3% en los sesenta y setenta, pero prácticamente no ha crecido, e incluso ha decrecido, en los últimos años. Por tanto, parece razonable suponer que una vez que se absorbió la demanda rezagada, los puestos generalmente ocupados por los egresados de las instituciones de educación superior no habrán crecido a mayor velocidad que el mercado de trabajo como un todo. De hecho, hay estudios de seguimiento que muestran el derrame de egresados hacia puestos diferentes de aquéllos para los cuales fueron capacitados.

El resultado de este desequilibrio es inevitable: los egresados tendrán que aceptar puestos de menor importancia y de menor pago que aquellos que ocuparon las cohortes anteriores. En otros países esto ha resultado en emigración. La fuga de cerebros, sin embargo, nunca ocurrió en Brasil.

Una de las razones por las cuales no se erosionan los incentivos para seguir estudios superiores a partir de esta disminución en el ingreso resultante, es que el asalto de los mejores trabajos disponibles por parte de los egresados de educación superior provoca una disminución correspondiente en las escalas de pago de estos grupos. Si creemos que la decisión de invertir en educación superior depende más de los diferenciales de ingreso que de los niveles absolutos de salario, este deterioro no elimina las justificaciones económicas para ingresar a la educación superior. Pero es importante considerar que esta decisión trasciende un *rationale* puramente económico. El *status*, el prestigio y otras razones "blandas" parecen jugar un papel importante. Al enfrentarse a un mercado de trabajo menos favorable, podrían también haber optado por permanecer desempleados, como sucede en la India. Sin embargo, esto no ocurrió.

Otra consecuencia de este acelerado crecimiento es un cambio significativo en el perfil de los estudiantes. Puesto que se recluta a una proporción mayor de la cohorte etaria, se incorporan estudiantes con menores aptitudes académicas. Más aún, la calidad de la

educación media también decayó como resultado de la expansión de la matrícula. Y, para colmar todo lo anterior, no hay forma de que crezca la cantidad de profesores sin arriesgar la calidad de la enseñanza.

La presión de la clase media por la expansión de la matrícula de educación superior se enfrentó de dos maneras. De hecho, sí se abrieron nuevas universidades públicas, fundamentalmente en las capitales de los estados más pobres donde antes no existía ninguna. Pero eso no bastó, y se dio un crecimiento explosivo de escuelas religiosas, privadas y de propiedad comunitaria, de manera que en este momento, dos terceras partes de la matrícula son absorbidas por estas instituciones. Puesto que se financian enteramente mediante el pago de colegiaturas, y puesto que atienden fundamentalmente a la clase media baja, estas instituciones tuvieron que optar por ofrecer una educación lo suficientemente barata para que su clientela pudiera pagarla. Además, tuvieron que satisfacer sus expectativas de *status* ofreciendo carreras con nombres "respetables".

El resultado es que se adoptó el modelo de la educación liberal, envuelta en el empaque de carreras profesionales convencionales que no requieren ni equipo ni laboratorios. La educación, el derecho, la economía, la administración de empresas, la literatura, son las ofertas usuales. El recurso a profesorado de tiempo parcial, la predominancia de cursos nocturnos y la prevaencia de clases numerosas, permitieron que estas carreras operaran con bajas colegiaturas. De hecho, tienden a ser comparables con las de escuelas secundarias privadas e incluso pueden ser inferiores a las colegiaturas que cobran los jardines de niños de mejor calidad. Los costos típicos son entre 10 y 15 dólares mensuales en las escuelas privadas. Dados estos costos tan bajos en las instituciones privadas, la prevaencia de cursos nocturnos y la política de universidades públicas gratuitas, no son necesarios demasiados beneficios previsibles para justificar la decisión individual de seguir estudios superiores.

Pero también los perfiles de los estudiantes cambiaron drásticamente. La sabiduría convencional nos conduce a concebir a los estudiantes de educación superior como jóvenes recién egresados de educación media que buscan una carrera que satisfaga su

vocación y sus expectativas. Después de terminar, buscarán un empleo relacionado con la carrera estudiada.

Esta fue en efecto la pauta en el pasado. Pero —como lo muestra un estudio de seguimiento realizado por el Ministerio de Educación— hoy en día sólo entre una tercera y una cuarta parte de los graduados obedece a esta descripción. El egresado modal actual tiene como 30 años, puede estar casado y, habiendo alcanzado cierta estabilidad profesional, decide ir a la escuela en la noche. Su elección de carrera puede relacionarse con el trabajo que tiene. Continúa en el mismo trabajo mientras estudia, e incluso sus expectativas de encontrar un mejor trabajo después de terminar la carrera no son demasiado elevadas.

El resultado último está muy lejos de la imagen convencional de los mercados de trabajo en educación superior que prevalecían hace algunos años. La primera gran diferencia es que la mayoría de los egresados no son arrojados al mercado de trabajo: ya estaban ahí antes de egresar. Al hablar de 300 000 egresados por año, se puede sobreestimar por tres o cuatro veces el número de nuevos ingresantes al mercado de trabajo. Y entre más modesto y menos pretencioso sea el estudiante, mayor será la probabilidad de que espere hasta asegurar un trabajo estable antes de ingresar a alguna institución de educación superior. Sólo unos cuantos de los que tienen que encontrar un empleo después de egresar de la educación superior pueden darse el lujo de esperar una oferta adecuada. Y, claro está, estos son los más ricos, que son también los que asisten a las mejores escuelas. Por tanto, las tasas de desempleo de egresados de la educación superior no son más altas que las de los egresados del nivel medio. Aquellos que saben que encontrarán dificultades para encontrar empleos adecuados esperan a obtener el empleo antes de matricularse en instituciones de educación superior.

Puesto que sólo una pequeña fracción de los egresados de educación superior pueden encontrar empleos tradicionalmente asociados con las carreras estudiadas, la gran mayoría tiene que aceptar puestos que en las generaciones anteriores eran ocupados por egresados de la educación media. Obviamente, estas ocupaciones son más sencillas y requieren de menores conocimientos y habilidades. Por tanto, cientos de miles de graduados llegan al

mercado de trabajo con un título de educación superior y se encuentran con que van a desarrollar actividades que tienen poco que ver con lo que aprendieron en la universidad. De hecho, hace apenas dos décadas, se estimaba que sólo entre 2% y 5% de los graduados de economía tenían empleos que correspondían a la descripción que usualmente se hace de lo que realiza un economista.

Dada la gran diversidad en la calidad de los egresados, los que se encuentran en la cola de la distribución difícilmente podrán reunir los requisitos convencionales de lo que debe saber hacer una persona con un título determinado. Dada su preparación, los empleos que consiguen, a pesar de todo, quizás no sean tan malos.

Puesto que muchos optaron por una carrera profesional o vocacional, podemos hablar de la desprofesionalización de la educación profesional. La educación superior se convierte en una preparación para empleos que tienen muy poco que ver con el currículo que se sigue. De hecho, la mayor parte de estos empleos son administrativos y de oficina.

Escuchamos muchas quejas sobre la "saturación" del mercado de trabajo y sobre el subempleo. Se dice que el mercado está copado por personas con títulos profesionales. Pero estas quejas son más semánticas y emotivas que planteamientos analíticos sólidos. Puesto que el desempleo de los egresados de educación superior no es mayor que el de otros sectores, estas quejas de exceso de oferta enarboladas por los grupos de profesionales —como las asociaciones de ingenieros— carecen de consistencia. Es cierto que algunos jóvenes de la clase media alta pueden pasar un tiempo sin conseguir trabajo, con la esperanza de obtener uno bueno. Sin embargo, esta espera no se refleja en las cifras agregadas (de la Encuesta Nacional de Hogares de 1982), en las que el peso de los que ya tenían trabajo antes de egresar es muy fuerte.

¿Podemos suponer que estos oficinistas y secretarios con títulos universitarios están sobreeducados para lo que hacen? Esta pregunta ya se ha formulado anteriormente, sobre todo en los Estados Unidos. La respuesta en Brasil es probablemente la misma: no hay indicaciones concretas y confiables de que cuatro años adicionales de asistencia a una universidad no mejoren el desempeño en casi cualquier ocupación. Independientemente de los títulos y de su

relación con el contenido del trabajo, las mayores habilidades en lectura, escritura y pensamiento lógico repercutirán en un desempeño superior en la mayoría de las ocupaciones. Esto no significa que todo funcione de maravilla en un mundo que es ideal. Pero tampoco puede decirse que los resultados sean inestabilidad e ineficiencia. Los estudiantes están cursando carreras muy baratas y derivan de ellas beneficios muy modestos. La única asignación ineficiente significativa es la que se da en algunas universidades públicas, que pueden resultar excesivamente caras para la calidad de la instrucción que ofrecen.

Dado el gran crecimiento de titulados, las ocupaciones existentes se distribuyen de acuerdo con las reglas usuales. Los que tienen más y mejor educación consiguen los trabajos más interesantes, más desafiantes y mejor remunerados, relegando a los que tienen menor escolaridad. De hecho, esta práctica se aplica mucho más allá de lo que podría esperarse a partir de consideraciones de productividad. Es la "enfermedad de los títulos" mencionada por R. Dore. Y puede, de hecho, ser uno de los factores que contribuyen a que permanezcan los incentivos para obtener los títulos. Entre los que tienen títulos, existe también un cierto orden. Los estudiantes y graduados más capaces de instituciones con mayor prestigio consiguen el privilegio de obtener puestos que tienen el mismo nombre que sus títulos —los abogados obtienen puestos legales, los economistas puestos en economía, etcétera.

Hasta arriba del montón se encuentran los que asistieron a las instituciones más prestigiadas, que tienden a ser más competitivas y atraen a los candidatos más capaces. En el pasado, éstos provenían de escuelas de derecho. Ahora pueden proceder de las mejores escuelas de ingeniería y de las instituciones de élite en cualquier área.

Esta larga tradición de escuelas de ingeniería de alto prestigio es la responsable del curioso patrón que observamos actualmente, en el cual las élites son reclutadas de las instituciones técnicas, mientras que los trabajos menos buenos son para las personas con carreras liberales o con títulos en áreas "blandas". Y es muy posible que los egresados de carreras de un fuerte contenido técnico no encuentren dificultades para adaptarse a ambientes de trabajo enteramente distintos.

Por último, hay un nuevo perfil de carrera profesional para los que poseen títulos de maestría o doctorado. Aunque existen programas de grado muy respetable, el país carece de escuelas de alta excelencia como Oxford, Princeton y las *Grandes Ecoles*. Estas escuelas de élite juegan varios roles. Producen a las personas mejor educadas que probablemente gravitarán en torno a los puestos más críticos y más desafiantes del país. Se espera que estas instituciones produzcan la quinta esencia de la educación general, que preparen personas para las ocupaciones difíciles y poco definidas en la iniciativa privada y en el gobierno. Más aún, son vistas como espacios de reclutamiento para estas ocupaciones. Los estudiantes más ambiciosos siempre se dan cuenta de que es mucho más fácil llegar a la cúpula empezando por ahí. Y si esto no sucede, al menos sus compañeros seguramente ocuparán cargos importantes.

Por *default* quizás, las escuelas de posgrado de Brasil han adquirido un rol similar en las últimas dos décadas. Se puso un enorme énfasis en el desarrollo de escuelas de posgrado de excelencia en Brasil. Su rol era el de preparar a los profesores para las nuevas universidades y desarrollar ciencia y tecnología. Mucho dinero y mentes capaces permitieron que algunas de ellas llegaran a ser comparables con estándares internacionales respetables.

A diferencia de lo que sucede en países como los Estados Unidos, donde los doctores permanecen protegidos al interior de las universidades, progresivamente los maestros y doctores muy bien educados están ocupando puestos administrativos cupulares, inicialmente en el gobierno pero actualmente también en la iniciativa privada, como resultado del crecimiento de empresas de alta tecnología.

Si pensamos que el doctorado es uno de los tipos más específicos de formación, curiosamente se está convirtiendo en uno de los tipos de educación que conduce a los empleos más generales.

D. Lecciones

Este ensayo procuró examinar cómo se relacionan los títulos con los empleos, y viceversa. De forma muy clara, con el crecimiento explosivo de la educación superior, sólo una pequeña proporción

de egresados obtienen ocupaciones correspondientes a sus estudios. La mayoría se encuentra con que los nuevos empleos que corresponden a su profesión ya están ocupados, y existe un derrame hacia un mercado de trabajo amplio y difuso en el que se requieren pocas habilidades específicas. Sin embargo, los títulos no son inútiles; mejoran la capacidad de aprender a partir de la experiencia, proporcionan ventajas con respecto a los que carecen de ellos, e incrementan las perspectivas de largo plazo respecto del mejoramiento y movilidad ocupacional.

No existe evidencia de que las carreras profesionales, o inclusive las muy especializadas, generen desventajas en sus egresados, aun en aquéllos de carreras más "generales" como las liberales.

Parece que la naturaleza del título, sin embargo, es sólo una de las consideraciones. La calidad de la instrucción ofrecida y la capacidad básica de los estudiantes pueden ser igualmente importantes.

A pesar de la ausencia de pautas claramente definidas, puede percibirse una tendencia general. Con el desarrollo de algunos institutos tecnológicos de alta calidad, así como con el énfasis en estudios de posgrado, los ingenieros altamente especializados, los maestros y los doctores están siendo reclutados para los puestos más altos. Así, tiene sentido decir que algunos de los puestos más altos están siendo ocupados por personas que adquirieron capacidades amplias al estudiar carreras muy estrechas.